

NUEVAS TECNOLOGIAS DE COMUNICACION Y ESPACIOS DEL FUTURO

Francis Jauréguiberry
SET-CNRS-Université de Pau

La generalización de las nuevas tecnologías de comunicación se ha salvado, a partir de finales de los años 70, en una brusca inflación de estudios destinados a delimitar en qué y como iba a actuar la extensión de la ubicuidad mediática en las modalidades de producción de nuevas sociedades. Este artículo presenta las principales orientaciones de dichos estudios y muestra que sus conclusiones abarcando desde un porvenir paradisíaco hasta un futuro apocalíptico) no han de tomarse al pie de la letra sino más bien como reveladoras de las esperas y de las tensiones que obran en el cuerpo social que las ha producido

Komunikazio teknologia berriak zabaltzearekin batera 70. urteetako amaieratik aurrera medien noranahiko hedapen horrek gure gizarteetako produkzioa-modalitateetan zertan eta nolako eragina izango zuen aztertzen dituzten lanen bat-bateko inflazioa ekarri du. Artikulu honek azterlan horien orientabide nagusiak aurkezten ditu eta erakusten du beraien konklusioak (paradisuko etorkizuna agertzen dutenetatik apokalipsi ezaugarriak irudikatzen dituztenekin) ez direla estu eta puntuan hartu beharrik, konklusio horiek sortu dituen gizarte-gorputza ukitzen duten itxaropen eta tentsioen adierazgarritzat hartu behar baitira.

La généralisation des nouvelles technologies de télécommunication s'est soldée, a partir de la fin des années 70, par une brusque inflation d'études destinées à cerner en quoi et comment l'extension de l'ubiquité médiatique allait agir sur les modalités de production de nos sociétés. Cet article présente les principales orientations de ces études et montre que leurs conclusions (allant d'un avenir paradisiaque à un futur apocaliptique) doivent être prises moins à la lettre que comme révélatrices des attentes et des tensions qui travaillent le corps social qui les a produites.

I- El espacio de una utopía

Con la invención del telégrafo, la velocidad de transmisión de las informaciones se emancipó de la distancia geográfica. Con la generalización del uso del teléfono y de la teledistribución, parece ser que, paradójicamente, esta ya no vaya directamente vinculada al espacio. El determinismo espacial según el cual la contigüidad es el sinónimo de la accesibilidad y de la rapidez, se está esfumando ya que actualmente se tarda más en cruzar la calle para hablar con el vecino que en llamar a Tokio o a Los Angeles. Viene a la mente una posibilidad de disyunción, de ruptura, en el binomio espacio-tiempo según el cual el ahorro del primero se traducía en ganancia en el segundo. Si la proximidad espa-

cial permitía la prontitud de los intercambios, ahora la casi instantaneidad mediática aporta, por lo que parece, el don de la ubicuidad. La toma de conciencia de la amplitud de tales transformaciones se saldó, en los años setenta, en una brusca inflación de representaciones de lo que podrían llegar a ser nuestras sociedades del mañana. Este artículo se propone presentar las principales orientaciones de dichos estudios y mostrará, a modo de conclusión, que indudablemente su eficiencia sociológica reside menos en sus previsiones (que abarcan desde un porvenir paradisíaco hasta un futuro apocalíptico) que en sus facultades de revelar, por su discurso mismo, las esperas y de las tensiones que obran en el cuerpo social que las ha producido.

II- Abolir las distancias

Tras el «pueblo planetario» de Mac Luhan en el cual el espacio mediático anunciaba una comunidad recobrada¹ y tras el «ágora informacional» que la «tercera ola» de Alvin Toffler nos aportó², han ido incrementándose sin cesar las representaciones de una sociedad mejor, reconciliada consigo misma en el reparto de unos «lugares» de convivencia conseguidos gracias a las nuevas tecnologías de comunicación.

Acopladas a la microinformática, estas nuevas tecnologías de comunicación facilitarían particularmente la fragmentación de la producción en pequeñas unidades de dimensión humana que, esparcidas por todo el territorio, tendrían como aplicación extrema, el teletrabajo a domicilio. Relacionadas unas con otras por redes interconectadas hiper competitivas, estas «empresas en el campo» dejarían entrever la realización posible de la autogestión y de una lograda descentralización³. Este retorno a la naturaleza en que todo lo *small* parece *beautiful* ha reunido curiosamente en un mismo impulso, en Francia por lo menos, a unos ex de la generación del sesenta y ocho quienes, al ya no creer en las ideologías, se han reconvertido en la *high tech*, a jóvenes tecnócratas recién diplomados y a notables locales en busca de una nueva legitimidad. Contra el espectro de la centralización y de la pérdida de poder de la periferia, viene a oponerse un desarrollo local, armonizado con las «especificidades del País», todo ello en un ambiente de buena convivencia y directamente conectado a lo universal. Parece que, contra los peligros de destierro, alienación e instrumentalización que suponen los grandes medios centrales los cuales nos inundan de productos anónimos concebidos fuera, el cable y la interactividad nos ofrecerían por fin la posibilidad de oír, ver y decir cosas que «realmente nos atañen» y de participar así directamente a la marcha de la ciudad o de la marca. Esta nueva sociabilidad local sería entonces el antídoto a la destrucción de las relaciones sociales, a la anemia y a las desgracias individuales que las megalópolis engendran. Ella ofrecería particularmente la posibilidad de escapar a la soledad, a la instrumentalización de las relaciones humanas y a la unidimensionalización de los comportamientos. El que unas redes de comunicación cada vez más eficaces cubrieran todo el territorio permitiría resolver los problemas de ordenación que la hipertrofia de las metrópolis ha planteado: deterioro del medio ambiente (ruido, contaminación), empeoramiento de la calidad de la vida (trayecto domicilio-trabajo cada vez más largo y agotador), sobrecostos urbanos (subida de la renta del suelo, transportes públicos deficitarios, gastos de gestión

urbana), y lenta agonía del campo (en que vidas económicas, culturales y políticas son apresadas por la centralización de las actividades).

Según otro gran paradigma de lo que podrían llegar a ser nuestras sociedades gracias a las nuevas tecnologías de comunicación, estas permitirían a los individuos eximirse de unos límites territoriales de la comunicación estrechos o limitados y, a menudo, de la «pobreza» y de las obligaciones que originan. Lo que aquí se pone del relieve ya no es la relocalización de lo social a base de una reapropiación del espacio comunitario de interconocimiento, sino la superación de los límites físicos de la comunicación.

A pesar de todo, no sería conveniente creer que, para los defensores de esta visión, la universalidad fuera el sinónimo de la desaparición de las individualidades (espectro del hombre unidimensional). Todo lo contrario, nos dicen que cada cual podrá conectarse con unas redes que definen grupos no territoriales cuyos miembros compartirán los mismos intereses o aficiones. Las identificaciones ya no se harán a partir de un espacio de referencia, sino en torno a temas aglutinantes. Surgirán así grupos «abstractos», viviendo sus relaciones gracias a unos flujos casi inmateriales en los que la teleconvivencia reemplazaría la espaciosociabilidad.

Por otra parte, esta agilidad en las «nuevas proximidades mediáticas» eliminaría la pesadez de las relaciones determinadas por la contigüidad física y ahorraría la pérdida de perdido causada por vecinos habladores y desprovistos de interés, así como la soledad y el anonimato de la urbanización residencial. A nivel de la inscripción espacial de la organización social, esto sería el fin del modelo piramidal según el cual la cumbre hace también de centralizadora todo poderosa. En cambio, aparecería un sistema reticular sin centro en el cual cada punto del espacio estaría en correspondencia directa con el conjunto de los demás y prescindiría de los intermediarios que ejercitaban el papel de censor y de acaparador que la jerarquía les había otorgado⁵.

III- Un totalitarismo jocundo

Paralelamente al incremento de la utopía de un mundo transparente y descentralizado, en que una democracia realmente participativa y una convivencia auténtica serían logradas por fin gracias a las nuevas tecnologías de comunicación, una visión mucho menos idílica venía tomando cuerpo.

Efectivamente, parece que las nuevas tecnologías de comunicación, lejos de facilitar el que los individuos se acercasen unos de otros para tener el dominio de su común destino, no harían sino fijarlos en su soledad distrayéndolos para explotarlos mejor. La CB, las mensajeras por minitel y

1. M. Mac Luhan, *La galaxie Gutenberg*, París, Ed. Mame, 1967.

2. A. Toffler, *Le choc du futur*, París, Ed. Denoel, 1970, y *La troisième vague*, París, Ed. Denoel, 1983.

3. «La sociedad de comunicación debe ser una «sociedad de microsociedades» con comunidades de dimensiones humanas, es decir de un tamaño medio lo bastante grandes como para poder tratar localmente la mayor parte de los problemas, pero lo suficientemente limitadas como para que toda la población pueda ser reunida y abarcada con la mirada (...) La gran migración urbana ha destruido las comunidades, su unidad y convivencia, ha diseminado o suprimido sus actividades. Las redes tablas interactivas, como los foros de antaño, deberían engendrar o volver a crear nuevos «pueblos», incluso en el corazón de las zonas más desheredadas (...) Las redes locales favorecerían el desarrollo de estructuras ligeras y descentralizadas o de empresas medias (unos cientos de empleados) que las diversas formas de teletrabajo permitirán incorporar progresivamente a las nuevas comunidades de vida. «Jean Vogue: «La société de communication. Nouveaux medias pour un nouveau monde», in *Etudes*, février 1983, pp. 201-202 (traducción nuestra).

4. «Telereuniones y teleconferencias engendrarán o remozarán unas microsociedades no geográficas, que unirán a la gente que tiene en común los mismos valores culturales, intereses u objetivos, aun cuando no sean sino episódicas las ocasiones en que puedan encontrarse cara a cara.» Jean Vogue, *op. cit.*, p. 202.

5. «En la sociedad de comunicación, el radiocentrismo de los intercambios y de las comunicaciones horizontales pierde su valor en beneficio de una configuración morfológica inaparente en que lo nodal sucede a lo central en un entorno electrónico preponderante en que la telelocalización favorece el despliegue de una excentricidad generalizada, periferia sin fin, signo precursor del mejoramiento de la forma urbanística industrial». «(Este fenómeno anuncia) la decadencia próxima de las políticas de ordenación territorial (...), el ocaso del Estado nacional (...) y la desregularización de los diferentes sistemas de organización y de gobierno que privilegian el centralismo y lo agregativo.» P. Virilio, *L'espace critique*, 1984, Ed. Christian Bourgeois, p. 156 et pp. 115-116.

la teleconciencia anónima por teléfono serían las herramientas de una ilusoria evasión de ese hombre que se apoya cada vez más en la incesante búsqueda de reconocimiento y de la necesidad de autovalorización que caracterizan hoy al hombre contemporáneo y que Lasch llama el «culto de Narciso»⁶. Ahorrándose los riesgos a los cuales toda comunicación *in situ* le puede exponer (el infierno, para parafrasear a J-P. Sartre, puede ser la mirada de los demás), el individuo ansioso de reconocimiento puede, efectivamente, conectarse a una red, hablar de sí mismo y representarse tal como quisiera ser, fuera de cualquier referencia social y de cualquier modelo de identificación o código de ordenación. Sólo cuentan en este instante la autorepresentación, el *look* y la imagen que uno quiere dar de sí mismo⁷.

Lo que entonces nos podemos plantear es saber si lo que importa no es tanto la «función espejo» de las nuevas tecnologías de comunicación como el porque estas fueron supuestamente concebidas (desarrollo de los intercambios). Esto es por lo menos lo que D. Boullier tiene constatado en su estudio sobre los «cibistas»: «Muy lejos de querer multiplicar los encuentros sin más, los cibistas buscan en ellos la rehabilitación de su capacidad de autodefinirse, de apropiarse su mundo, de inventarse un estatuto. De cierta manera, huyen de una situación social en la que están dominados y a la que ellos ya no pertenecen»⁸. M. Bonetti y J-P. Simon concuerdan en este sentido: «Lo que se está buscando es más la posibilidad de expresión, de enunciación y a través de ello el reconocimiento por «el otro», al que no se intenta forzosamente identificar. Es una comunicación narcisista ante todo en la que se espera del media que le permita a uno expresarse o hablar de sí mismo»⁹.

Frente a la adversidad, a la ausencia de perspectiva, a la crisis o a la anomía, todos los que estuviesen agobiados por sus realidades huirían, vía las nuevas tecnologías de comunicación, hacia otras partes más acordes con sus imaginarios y sus deseos. En vez de frenar la decadencia del lazo social, la desertización de los lugares públicos de sociabilidad y el encierro de cada cual en su esfera privada, las nuevas tecnologías de comunicación no harán más que acelerar estos fenómenos; desde no tener que aprovisionarse más de una vez a la semana (gracias a los adelantos en las técnicas de acondicionamiento alimentario y a la generalización de los congeladores), poder pedir por correo o por minitel más o menos lo que se quiera y hacerselo mandar a casa, a asistir al espectáculo del mundo en directo (T.V.) o en diferido (vídeo). Actualmente, se puede hablar instantáneamente con los conocidos prescindiendo de las distancias geográficas (teléfono) y, dentro de poco, se podrá «hacerles una visita» sin desplazarse (visiófono). La idea de un espacio restringido (localización de los servicios y obligación de presencia) parece alejarse respecto a los espacios mediáticos elegidos¹⁰.

De hecho, los principales críticos de esta evolución dicen que este fenómeno no es más que la aceleración del proceso de fragmentación de las solidaridades vividas en beneficio de una reificación y de una pura instrumentalización del lazo social. Las nuevas tecnologías de comunicación no harían sino precipitar la atomización de los individuos haciendo que su aislamiento sea no solamente tolerable sino también agradable, ya que les instala en una especie de hedonismo suave que les lleva a encerrarse en sus casas con satisfacción ante unos discursos cada día apaciguadores.

Replegado en sí mismo cada cual preferirá entonces relacionarse con los otros de la manera más «económica» posible, mediante pantallas electrónicas, sin contacto directo, sin exponerse a la crítica, al riesgo o a lo desconocido, contribuyendo así a vaciar un poco más de toda vida los lugares públicos transformándolos, por esta razón, en menos atractivos para los que se empeñasen aún en frecuentarlo. Para R. Sennett por ejemplo, «las comunicaciones electrónicas son uno de los medios con los que la noción de vida pública ha sido asfixiada». Desde luego, la masa de información que llega hasta nosotros es cada día más importante, «vemos más, pero actuamos menos juntos»: es la paradoja del aislamiento y de la visibilidad¹¹. Paradoja que anuncia el declive de la urbanidad, de los cumplimientos de cometidos, de las reglas de conducta, de la res publica, y el desarrollo de lo que se podría llamar «la nueva desventura» del hombre contemporáneo: el hecho de poder comunicar desde casa guardando las distancias y el anonimato con la posibilidad de cortar el intercambio en cualquier momento simplemente pulsando una tecla ¿no pone esto de manifiesto un desapego a lo social? Y, en lo que más particularmente atañe a las relaciones con el espacio ¿no estamos asistiendo a un desapego a lo local y a las relaciones hasta entonces mediatizadas por el espacio? ¿Estas relaciones no se revelan de hecho demasiado apremiantes respecto a estas «nuevas proximidades», estos «nuevos espacios de comunicación» que constituyen las redes desterritorializadas de intercambio en que podemos elegir y abandonar cuando nos parece?

De tanto entrar en contacto con la realidad únicamente a través de unos instrumentos que se despreocupan de las dimensiones físicas de esta misma realidad, quizá nos arriesgaríamos entonces a perder la propia noción de escala geográfica. En la conjunción de diferentes terminales, atomizado, cada vez más desembarazado de una vivencia antropológica del espacio, el individuo llega a ser totalmente dependiente de las herramientas mediáticas en sus percepciones geográficas, el menor fallo de estas herramientas produciendo catástrofes existenciales. Los ataques de histeria frente a un televisor averiado o el desconcierto engendrado por una llamada telefónica interrumpida no sería sino los signos precursores de la futura imposibilidad de existir fuera de estas mediaciones técnicas. Como lo apuntan M. Bonetti y J-P. Simon, podría suceder lo mismo a nivel de las relaciones humanas: «Las nuevas tecnologías de comunicación amenazan con acelerar la descomposición de las relaciones sociales al reforzar el individualismo, las relaciones sociales al reforzar el individualismo, las relaciones hombres-máquinas van substituyéndose progresivamente a las relaciones humanas, o por lo menos estructurándolas de una manera que causa su reificación. El

6. C. Lasch, *Le culte de Narcisse*, Paris, R. Laffont, 1980.

7. Lo que C. Baltz llama «cruceiro» en un excelente artículo en el que analiza el fenómeno de las mensajerías en el minitel: «Messagerie Gretel: images de personne(s)», in *Reseaux* n 6, 1984.

8. «Vol au dessus d'une bande de citoyens», in *Reseaux* n 20, 1986, p. 44.

9. «Les transformations urbaines», in *Reseaux* n 20, 1986, p. 17.

10. Esta evasión hacia «afueras», en que lo distinto parece ser mucho mejor, se traduce a veces por situaciones paradójicas cuando el ciudadano, falto de raíces, descubre que es de un país o de un pueblo que «siente» bien la autenticidad. El lugar de «evasión-arraigo» es entonces consumido por su facilidad en materializar las fantasmas mientras sigue siendo vivido, por sus habitantes permanentes, como un espacio significativo gravado con un conjunto de obligaciones materiales y simbólicas siempre apremiantes, vinculadas a la tradición y a las reglas comunitarias de vecindad.

11. R. Sennett, *Les Tyrannies de l'intimité*, 1979, Ed. Seuil pp. 220-221

12. In «Les Transformations urbaines», op. cit. p. 9.

espectro de los hombres instrumentalizados por las máquinas no está lejos»¹².

Los más pesimistas nos anuncian una especie de sociedad a lo 1984 de G. Orwell. Según esta visión, la creciente dependencia de la gente para con las redes de comunicación y el encierro concomitante en la esfera privada la haría cada vez más permeable a las influencias y a los modelos propagados por los medios. Guardándose de todo sinsabor, consumiendo lo lúdico, rechazando lo negativo y el pesimismo mediante una selección atinada de programas o de amigos con quienes juntarse, el individuo se transformaría en un receptor mudo con sonrisa beatífica. La dominación política no necesitaría entonces recurrir a coacciones físicas e ideológicas, tampoco se necesitarán intermediarios. Bastaría con que produjera series «guay», programas «graciosos», diversiones «relajadas» y reportajes «exóticos» con imágenes «fascinantes». Respecto a este ambiente mediático cool, los que hablaran de movilización social o de la necesidad de debatir públicamente lo que, por una vez, aparecería como cosa «seria y aburrida», pasarían por cascarrabias. Las nuevas tecnologías de comunicación serían entonces el medio más seguro de «agarrar la conciencia» (Adorno) y anunciarían el advenimiento de una especie de totalitarismo jocundo.

IV- Jerarquía de los espacios y reproducción de lo social

Que las representaciones de la futura sociedad de comunicación sean paradisíacas o apocalípticas, el razonamiento parte siempre de lo mismo : se señala a la técnica como factor que influir directamente en lo sociocultural. Se intenta medir los efectos, los «impactos» de las nuevas tecnologías de comunicación en la organización y en el cambio social. Contra este tipo, mayoritario, de planteamiento se han sublevado cierto número de observadores recordando que «esta incidencia es ante todo tributaria de la estructuración del espacio social en el que se insertan los medios de comunicación y de los objetivos que se fijan los promotores de los distintos proyectos»¹³.

En resumidas cuentas, ya no se trata de examinar las técnicas para ver cómo influyen en lo social, sino lo social para determinar en qué aspecto su reproducción condiciona el desarrollo tecnológico y sus aplicaciones. Ahora bien, es forzoso reconocer que la estructuración del espacio geográfico correspondiente a nuestras sociedades desigual, jerárquica y centralizada. De ahí la crítica virulenta que hace J-P. Garnier sobre las visiones demasiado optimistas mencionadas más arriba : «Las redes electrónicas por las cuales circula la información están organizadas según una estructura jerárquica y centralizada que no hace más que incrementar, reproducir y luego consolidar, en el espacio mediático, la jerarquización y la centralización propia a la estructura del espacio social, sea el enfoque institucional, económico, político o cultural. Sería ilusorio contar con la extensión y la densificación de la red mediática para dar fin a la segregación socioespacial (...). En una sociedad dividida en clases, la mediación creciente de la comunicación no atenúa ni elimina la jerarquización de los espacios»¹⁴.

Lo mismo que unas carreteras o unos empalmes ferroviarios concebidos para desenclavar ciertas regiones no

han tenido más efecto que el de precipitar el éxodo rural y la hipertrofia de las metrópolis, las nuevas tecnologías de comunicación no harán sino acentuar la jerarquía de los espacios. Esta es por ejemplo la hipótesis central de G. Claisse a propósito de la localización de las empresas y de la organización del espacio urbanístico : «Antes de modificar la organización del espacio, el desarrollo de las telecomunicaciones entra en el marco de una estructura espacial que condiciona la arquitectura y la repartición geográfica de las redes»¹⁵.

Esta pura lógica de la reproducción se podría localizar varios niveles:

- Las nuevas redes de comunicación más perfeccionadas están casi todas construidas en las zonas de concentración demográfica, lo que acentúa aún más las disparidades espaciales. Efectivamente, sólo las zonas «rentables» (pocos trabajos de ingeniería con un máximo de abonados) son tablas. Así, el plan «cable» francés no atañe sino aglomeraciones importantes, pudiendo producirse una segregación en la ciudad misma, en detrimento de los barrios de densidad urbana demasiado baja.
- Dentro de las zonas tablas, pudiera intervenir una segunda segregación. Al ser los «servicios ofrecidos» relativamente caros, sólo una clientela solvente tendría acceso a ellos.
- Al permitir a los vecinos de las concentraciones urbanísticas, átomos perdidos en medio de desconocidos, que se comunicasen con otros tantos átomos conocidos pero geográficamente alejados o con unos «exteriores» puramente lúdicos o imaginarios, las nuevas tecnologías de comunicación harían «soportable» un enmarcamiento espacial al que por otra parte todo inclinaría a rechazar. «¿Habrían sido posibles la suburbanización o la perirurbanización sin el teléfono? Basta con recordar los síntomas del «mal de las urbanizaciones» en los años sesenta. «Enfermedades» del desarraigo y de la migración, además de la expulsión de la gente fuera de los cascos antiguos donde ya había una comunicación establecida con el vecindario. Y también enfermedad de la falta de organización, de equipos de primera necesidad (médico, farmacia...), de comercios, de transportes. Acaso ¿no llegó el teléfono a punto?»¹⁶ De la misma manera, el minitel, el visiófono o incluso la teledistribución, al permitir que se crease un espacio artificial de convivencia, positivo y capaz de sustituir o por lo menos de superponerse a un entorno físico poco agradable o incluso desvalorante, reforzarán las concentraciones urbanísticas y más tarde las jerarquías de ocupación espacial.
- Tocante a la organización del trabajo, la misma hipótesis se puede plantear : «Lejos de llevar a una descentralización de las decisiones y a una desconcentración de los empleos industriales por estar menos vinculados a los factores geográficos «clásicos» de localización (...), la informatización de la transmisión de las informaciones favorece la centralización del poder de decisión (...).»¹⁷ Al estar directamente conectados con el centro, los actores periféricos, con el fin de librarse de las consecuencias negativas de una decisión inadecuada, se refirirían a él

13. M. Bonetti et J-P. Simon, *op. cit.*, p. 12

14. «L'espace médiatique un nouveau lieu pour l'imaginaire social?» in *Espaces, jeux et enjeux*, sous la direction de F. Aunac et R. Brunet, Ed. Fayard, 1986, pp. 117-118

15. «L'espace et son double», in *Réseaux* n 20, 1986, p. 54.

16. G. Dupuy : «Téléphone pour la vine : l'enjeu urbain des centraux», in *Métropolis* n° 52-53, p. 34

17. J-P. Garnier, *op. cit.*, p. 130.

cada vez más perdiendo así toda autonomía de decisión y contribuyendo al reforzamiento del modelo piramidal del poder : «La aceleración de las comunicaciones ha tenido como efecto una mayor centralización de los poderes, una menor concesión de delegación a los intermediarios políticos o comerciales, aun cuando toda nueva tecnología en este campo permitiría teóricamente lo contrario¹⁸.

- En fin, las producciones culturales locales serían aniquiladas o condenadas a la mediocridad frente a la calidad de las realizaciones de unos pocos centros muy especializados y performantes que los medias vienen ya emitiendo a escala mundial.

V- Innovación, y producción de lo social

El conjunto de estas reacciones que vienen a recordar la importancia de la organización socioespacial anterior a la introducción de las nuevas tecnologías de comunicación, será imprescindible frente a las visiones un tanto deterministas de la influencia de la técnica en lo social. Obvio es que ninguna técnica, sea la que sea, sería mecánicamente capaz de trastornar los hábitos, las creencias y reglas, los sistemas de valor y de poder, en pocas palabras : los principales rasgos de la reproducción social de las sociedades receptoras. La propia concepción de las técnicas es ampliamente tributaria de esta reproducción. Pero, atenerse a eso, pretextando que las utopías y representaciones mencionadas más arriba no son sino discursos o ficciones frente a la realidad de la reproducción, vendría a ser como negarse, por una parte a pensar la innovación tecnológica como estímulo del cambio social y, por otra parte, a captar las representaciones suscitadas por esta innovación como reveladoras de aspiraciones sociales.

Sería desacertado el centrarse en la dimensión meta-social de dichas representaciones. Porque las utopías o los temores de los que son el vehículo no son creaciones ex nihilo, sino puras producciones sociales. Por lo tanto, valdría quizás la pena abordarlas como verdaderamente reveladoras de aspiraciones y tensiones que afectan el cuerpo social. Si la idea, según la cual el desarrollo de las nuevas tecnologías de comunicación posibilita la descentralización de ciertas actividades económicas o su florecimiento en unas zonas mantenidas hasta ahora apartadas del desarrollo, tiene tanto éxito, será sin duda porque corresponde a una verdadera necesidad. Si una nueva definición de las fronteras entre espacio de trabajo y espacio de vida, en el

sentido de una descompartimentación de las actividades y de una mejor realización personal, suscita una multitud de proyectos, o si la reapropiación de espacios públicos y de convivencia estimula tan fácilmente la imaginación, será porque estos temas son el eco de verdaderas aspiraciones.

El que estas aspiraciones escojan la celebración de la técnica para cambiarse en esperanza, no tiene porqué sorprender cuando las creencias y las ideologías hasta entonces proveedoras de sentido y esperanza sufren un fuerte declive o, por lo menos, un serio cuestionamiento. Frente a las incertidumbres a las cuales estas ya no contestan, la técnica aparece como algo «fuerte», «seguro», casi insoslayable : entonces es cuando abandona su condición de pura producción humana asumiendo una dimensión transcendente. Las dimensiones casi mágicas de las nuevas tecnologías de comunicación no hacen sino acentuar este fenómeno. Razón de más para no tomar al pie de la letra las representaciones que suscitan. Atenerse a ellas vendría a ser lo mismo que emitir un juicio de valor sobre su contenido, o que rechazarlas como puras ficciones. Sin duda sería sociológicamente más rentable el detectar los ambientes sociales productores de tales representaciones y plantearse el porqué suscitan tanta esperanza o, al contrario, tanto temor entre ciertas capas de la población.

Pero las nuevas tecnologías de comunicación no son solamente el objeto de representaciones que nos pueden servir para revelar aspiraciones o tensiones sociales, especialmente las que se refieren al espacio. Son sobre todo unas herramientas. Si conviene dejar de abordarlas como una especie de «regaderas comportamentales» cuya agua sería tomada fuera de lo social («el progreso», «el determinismo tecnológico»), hay de abstenerse igualmente de caer en el exceso inverso de considerarlas como simples objetos de consumo que serían aceptados o rechazados según los modos de funcionamiento de las sociedades receptoras (y en particular según la buena voluntad o el interés de las clases dominantes : visión de pura reproducción social). Considerarlas como herramientas inéditas de producción de contenidos y de usos sociales, es autorizar que se considere la innovación tecnológica como un elemento estimulante del cambio social. La cuestión central es entonces la de saber cómo los actores sociales van a apropiarse de estas técnicas y transformarlas para producir su ambiente vital. De determinantes o determinadas, las nuevas tecnologías de comunicación pasan a ser medios y apuestas, particularmente al abrirse nuevos espacios de conocimientos que permitan definir estrategias para acciones inéditas.